A) EVANGELIOS DE LA NATIVIDAD DE JESÚS

Se trata de escritos que abordan temas hacia los que fue muy sensible la cristiandad primitiva, como la familia y la virginidad perpetua de María, el nacimiento portentoso de Jesús, los hermanos de este, etc., que como tal presentaban dificultades para la construcción dogmática nada fáciles de explicar.

1. Protoevangelio de Santiago

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Quizá de mediados del siglo II. En cualquier caso, anterior al siglo IV.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Unos 20 manuscritos medievales, del siglo XII en adelante.

Este apócrifo es uno de los más antiguos y origen de una tradición legendaria recogida por otros apócrifos de la infancia de Jesús. El Protoevangelio de Santiago *trata de la concepción y natividad de Jesús de la Virgen María. El calificativo de* Protoevangelio *se debe al jesuita y humanista francés del siglo XVI Guillermo Postel, que llegó a creer que podría tratarse del prólogo del Evangelio de Marcos. Su presunto autor según el texto sería Santiago, el «hermano del Señor», que lo habría escrito en el desierto, pero la noticia es inverosímil. Desde el siglo IV hay testimonios fehacientes sobre los datos contenidos en este evangelio en las tradiciones recogidas por los Padres de la Iglesia, aunque ciertas tradiciones que recoge este escrito, como la del nacimiento en una cueva o la virginidad de María constatada por la comadrona, que pueden remontarse*

hasta mediados y finales del siglo II, respectivamente. La repercusión de este apócrifo en las leyendas populares cristianas e incluso en la teología fue enorme.

* * *

Relato histórico sobre la natividad de la santísima madre de Dios y siempre virgen María[454]

Tristeza de Joaquín

1 1 En las historias de las doce tribus de Israel había un hombre muy rico de nombre Joaquín, que presentaba ofrendas dobles diciendo: «Lo que me sobra será para todo el pueblo, y lo del perdón de mis pecados para hacer al Señor propicio conmigo». 2 Estaba cerca el día grande del Señor, cuando los hijos de Israel ofrecían sus dones. Y se presentó Rubén ante Joaquín diciendo: «No puedes presentar el primero tus dones, porque no has dejado descendencia en Israel». 3 Se entristeció grandemente Joaquín y se dirigió al archivo de las doce tribus del pueblo diciendo: «Miraré el archivo de las doce tribus de Israel para ver si soy el único que no he dejado descendencia en Israel». Hecha la investigación, halló que todos los hombres justos habían dejado descendencia en Israel. Y se acordó del patriarca Abrahán, porque en sus últimos días le dio Dios un hijo, Isaac. 4 Se entristeció Joaquín en gran manera y no apareció ante su mujer, sino que se fue al desierto y allí fijó su tienda. Ayunó cuarenta días y cuarenta noches diciendo en su interior: «No bajaré ni para comer ni para beber hasta que me visite el Señor mi Dios. La oración será mi comida y mi bebida».

Dolor de Ana

2 1 Ana, su mujer, se lamentaba con doble lamento y se daba dobles golpes de pecho, diciendo: «Me doleré por mi viudez, me doleré por mi esterilidad». 2 Pero llegó el día grande del Señor, y le dijo Judit, su sirvienta: «“¿Hasta cuándo estás humillando tu alma?”. Mira que ha llegado el día grande del Señor y no te está permitido estar de duelo, sino toma este velo para la cabeza que me ha dado la señora del taller. Yo no me lo puedo ceñir porque soy una sirvienta, y el velo tiene un sello real». 3 Respondió Ana: «Apártate de mí, pues yo no lo he fabricado, sino que el Señor me ha humillado grandemente. No sea que algún malhechor te lo haya dado y vengas a hacerme cómplice de tu pecado». Y dijo Judit: «¿Por qué te voy a maldecir porque el Señor haya cerrado tu matriz para no darte fruto en Israel?». 4 Ana se entristeció grandemente. Se quitó sus vestidos de luto, se adornó la cabeza, se puso sus vestidos de boda y hacia la hora de nona[455] bajó al jardín a pasear. Y vio un laurel, se sentó debajo y suplicó al Señor diciendo: «Oh Dios de nuestros padres, bendíceme y escucha mi plegaria, como bendijiste la matriz de Sara y le diste un hijo, Isaac».

3 1 Mirando hacia el cielo, vio un nido de pájaros en el laurel y se lamentó consigo misma, diciendo: «¡Ay de mí! ¿Quién me engendró? ¿Qué seno me dio a luz? Porque yo he nacido como maldición ante los hijos de Israel, y me han echado con burlas del templo del Señor. 2 ¡Ay de mí! ¿A quién soy yo semejante? Desde luego yo no soy

semejante a las aves del cielo, porque las aves del cielo son fecundas en tu presencia, Señor. ¡Ay de mí! ¿A quién soy yo semejante? Yo no soy semejante a las bestias de la tierra, porque también las bestias de la tierra son fecundas en tu presencia, Señor. 3 ¡Ay de mí! ¿A quién soy yo semejante? No soy semejante a estas aguas, porque estas aguas son también fecundas en tu presencia, Señor. ¡Ay de mí! ¿A quién soy yo semejante? Yo no soy semejante a esta tierra, porque también esta tierra produce sus frutos a su tiempo, y te bendice, Señor».

Anunciación a Ana

4 1 He aquí que un ángel del Señor se le presentó y le dijo: «Ana, Ana, el Señor ha escuchado tu plegaria. Concebirás y darás a luz, y se hablará de tu descendencia en toda la tierra». Dijo Ana: «Vive el Señor, mi Dios, si engendro varón o hembra lo presentaré como ofrenda al Señor mi Dios, y estará prestándole servicio todos los días de su vida». 2 Llegaron dos mensajeros diciéndole: «Joaquín, tu marido, viene con sus rebaños». Pues un ángel del Señor bajó hasta él y le dijo: «Joaquín, Joaquín, el Señor Dios ha escuchado tu plegaria. Baja de aquí, pues he aquí que Ana, tu mujer, va a concebir en su vientre». 3 Bajó Joaquín y llamó a sus pastores, diciéndoles: «Traed acá diez corderas sin mancha, irreprochables, y serán para el Señor, mi Dios; traedme también doce terneras de leche para los sacerdotes y el sanedrín, y cien cabritos para todo el pueblo». 4 Cuando Joaquín llegó con sus rebaños, estaba Ana a la puerta. Vio a Joaquín que llegaba, echó a correr y se colgó de su cuello, diciendo: «Ahora sé que el Señor Dios me ha bendecido en gran manera, pues siendo viuda ya no lo soy, y siendo estéril voy a concebir en mi vientre». Y descansó Joaquín aquel primer día en su casa.

Nacimiento de María

5 1 Al día siguiente llevaba sus ofrendas diciendo dentro de sí mismo: «Si el Señor Dios me es propicio, me hará ver el efod[456] del sacerdote». Llevaba sus ofrendas Joaquín, y observó el efod del sacerdote cuando se acercaba al altar del sacrificio; y no vio pecado alguno dentro de sí mismo. Dijo Joaquín: «Ahora sé que el Señor me ha sido propicio y me ha perdonado todos mis pecados». Y bajó justificado del templo del Señor y se marchó a su casa. 2 Se cumplieron los meses de Ana, y en el noveno mes dio a luz. Y preguntó a la comadrona: «¿Qué he tenido?». La comadrona respondió: «Una niña». Dijo Ana: «Mi alma ha sido engrandecida en este día». Y acostó a la niña. Cumplidos los días, Ana se purificó, dio el pecho a la niña y le puso por nombre Mariam.

6 1 La niña se fortalecía de día en día. Cuando cumplió los seis meses, la puso su madre en tierra para probar si se tenía en pie. Después de dar siete pasos, llegó hasta el regazo de la madre. Ella la levantó diciendo: «Vive el Señor, mi Dios, que no volverás a caminar por esta tierra hasta que te lleve al templo del Señor». Hizo, pues, un oratorio en su habitación y no permitió que nada profano e impuro pasara por sus manos. Llamó también a unas jóvenes hebreas, irreprochables, que la divertían. 2 Cuando cumplió la niña un año, Joaquín celebró un gran convite. Invitó a los sacerdotes, a los escribas, al sanedrín y a todo el pueblo de Israel. Presentó Joaquín la niña a los sacerdotes, que la bendijeron,

diciendo: «Dios de nuestros padres, bendice a esta niña y dale un nombre memorable para todas las generaciones». Y dijo todo el pueblo: «Así sea, así sea, amén». La presentó luego a los príncipes de lo sacerdotes, quienes la bendijeron diciendo: «Dios de las alturas, vuelve tus ojos sobre esta niña y bendícela con una perfecta bendición, de las que no admiten mejora». 3 Su madre la llevó al oratorio de su habitación y le dio el pecho. Compuso entonces Ana un cántico al Señor Dios diciendo: «Cantaré un himno al Señor, mi Dios, porque me ha visitado, ha apartado de mí el oprobio que me achacaban mis enemigos y me ha dado el Señor el fruto de su justicia, único y múltiple en su presencia. ¿Quién anunciará a los hijos de Rubén que Ana está amamantando? Escuchad, escuchad, las doce tribus de Israel, que Ana está amamantando». Y la dejó descansar en la habitación de su oratorio. Salió Ana y se puso a servir a los invitados. Terminado el banquete, se retiraron alegres y dando gloria al Dios de Israel.

Presentación en el Templo

7 1 La niña iba cumpliendo meses. Cuando llegó la niña a los dos años, dijo Joaquín a Ana: «Llevémosla al templo del Señor para que cumplamos la promesa que prometimos, no sea que nos la reclame el Señor y nuestra ofrenda resulte ya inaceptable». Replicó Ana: «Esperemos que cumpla los tres años, para que la niña no eche de menos a su padre y a su madre». Y respondió Joaquín: «Esperemos». 2 Cuando la niña cumplió los tres años, dijo Joaquín: «Llamad a las irreprochables hijas de los hebreos, que tomen una lámpara cada una y que las mantengan encendidas para que la niña no se vuelva hacia atrás ni su corazón quede cautivado por algo al margen del templo del Señor». Y así lo hicieron hasta que subieron al templo del Señor. La recibió el sacerdote, la besó y la bendijo, diciendo: «Ha engrandecido el Señor tu nombre por todas las generaciones, por ti al final de los días manifestará el Señor su redención a los hijos de Israel». 3 Hizo que se sentara en el tercer peldaño del altar de los sacrificios, y el Señor Dios derramó gracia sobre ella, que danzó con pies alegres y fue querida por toda la casa de Israel.

8 1 Bajaron sus padres, admirados y alabando al Señor Dios, porque la niña no se había vuelto atrás. María permanecía en el templo del Señor alimentada como una paloma que recibía su alimento de la mano de un ángel. 2 Cuando cumplió doce años, celebraron consejo los sacerdotes diciendo: «Mirad, María ha cumplido los doce años en el templo del Señor. ¿Qué haremos, pues, con ella para que no mancille[457] el santuario del Señor?». Respondieron al sumo sacerdote: «Tú estás al frente del altar del Señor, entra y reza por ella, y lo que te manifieste el Señor, eso es lo que haremos». 3 El sumo sacerdote se puso la túnica de las doce campanillas, entró en el Santo de los Santos y rogó por ella. Y he aquí que un ángel del Señor se le apareció y le dijo: «Zacarías, Zacarías, sal y convoca a los viudos del pueblo; que cada uno traiga una vara, y aquel sobre quien el Señor manifieste un prodigio, con él se casará». Salieron los heraldos por toda la región de Judea, sonó la trompeta del Señor y todos llegaron corriendo.

Desposorios con José

9 [1] José dejó la azuela y salió a su encuentro. Una vez que se reunieron, se dirigieron al sumo sacerdote portando sus varas. El sumo sacerdote tomó las varas de todos, entró en el Templo y oró. Terminada la oración, tomó las varas, salió y se las devolvió; pero en ellas no apareció prodigio alguno. Pero al tomar José la última vara, he aquí que salió de la vara una paloma que voló sobre la cabeza de José. Y dijo el sacerdote a José: «Te ha tocado en suerte la virgen del Señor para que la tomes bajo tu custodia». [2] Respondió José: «Tengo hijos y soy anciano, mientras ella es una jovencita; no vaya a convertirme en motivo de risa ante los hijos de Israel». Dijo el sacerdote a José: «Teme al Señor, tu Dios, y recuerda lo que hizo Dios con Datán, Abirón y Coré, cómo se abrió la tierra y fueron tragados a causa de su rebeldía. Y ahora, teme, José, no sea que sucedan esas cosas en tu casa». [3] José, lleno de temor, la recibió bajo su custodia. Entonces dijo José a María: «Mira, te he tomado del templo del Señor, y ahora te dejo en mi casa mientras me voy a terminar mis trabajos de construcción. Luego, regresaré contigo; el Señor te guardará».

10 [1] Los sacerdotes celebraron un consejo diciendo: «Hagamos un velo para el templo del Señor». Y dijo el sacerdote: «Buscadme vírgenes sin mancha de la tribu de David». Marcharon los servidores, buscaron y encontraron siete vírgenes. Entonces se acordó el sacerdote de la joven María, porque era de la tribu de David e irreprochable ante Dios. Marcharon los servidores y la trajeron. [2] Llevaron a las vírgenes al templo del Señor. Dijo, pues, el sacerdote: «Sortead en mi nombre para ver quién hilará el oro, el amianto, el lino, la seda, el jacinto, la escarlata y la auténtica púrpura». Y le tocaron a María la escarlata y la púrpura auténtica; ella las tomó y se marchó a su casa. Por aquel tiempo quedó mudo Zacarías y fue sustituido por Samuel, hasta que Zacarías recobró el habla. Y María tomó la escarlata y comenzó a hilarla.

Anunciación

11 [1] Tomó María el cántaro y salió para llenarlo de agua. Y he aquí que llegó una voz que decía: «Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre todas las mujeres». Ella miraba a derecha y a izquierda para ver de dónde venía aquella voz. Llena de temor marchó a su casa, dejó el cántaro, tomó la púrpura, se sentó y se puso a tejerla. [2] Y he aquí que un ángel del Señor se puso delante de ella diciendo: «No temas, María, pues has hallado gracia ante el Señor del universo, y concebirás por su palabra». Ella, al oírlo, discurría en su interior diciendo: «¿Concebiré yo por la gracia del Señor Dios vivo y daré a luz como da a luz toda mujer?». [3] Respondió el ángel del Señor: «No será así, María, sino que la fuerza del Señor te cubrirá con su sombra. Por eso, lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo del Altísimo. Le pondrás por nombre Jesús; él salvará a su pueblo de sus pecados». Y dijo María: «He aquí la esclava del Señor en su presencia, hágase en mí según tu palabra».

Visitación

12 [1] Terminó el trabajo con la púrpura y la escarlata, y lo llevó al sacerdote, que la bendijo diciendo: «María, el Señor Dios ha engrandecido tu nombre, y serás bendita

en todas las generaciones de la tierra». 2 Llena de alegría, marchó María a casa de su parienta Isabel y llamó a la puerta. Cuando lo oyó Isabel, arrojó lo que tenía entre manos, corrió a la puerta y abrió. Al ver a María, la bendijo diciendo: «¿De dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor? Pues he aquí que lo que hay dentro de mí se ha puesto a dar saltos y te ha bendecido». Pero María se había olvidado de los misterios que le había manifestado el arcángel Gabriel, miró fijamente al cielo y dijo: «¿Quién soy yo, Señor, que todas las generaciones me bendicen?». 3 Y permaneció tres meses en casa de Isabel. De día en día su vientre crecía; llena de temor, se marchó María a su casa y se ocultaba de los hijos de Israel. Pues tenía dieciséis años cuando sucedieron estos misterios.

Reacción de José

13 1 Cuando le llegó el sexto mes, regresó José de sus trabajos. Y, al entrar en su casa, la encontró que estaba encinta. Golpeó su rostro, se arrojó a tierra sobre un saco y lloró amargamente, diciendo: «¿Con qué cara miraré al Señor, mi Dios? ¿Cómo voy a orar por esta doncella? Porque la recibí del templo del Señor mi Dios, y no he sido capaz de guardarla. ¿Quién me ha puesto asechanzas? ¿Quién ha cometido este mal en mi casa y ha violado a la que era virgen? ¿Acaso ha vuelto a repetirse en mí la historia de Adán? Pues de la misma manera que, cuando estaba dando gloria a Dios, vino la serpiente, encontró a Eva sola y la engañó, así también me ha sucedido a mí». 2 Se levantó José del saco, llamó a María y le dijo: «¿Por qué has hecho esto tú, la predilecta de Dios? ¿Te has olvidado del Señor, tu Dios? ¿Por qué has humillado tu alma, tú la que te has educado junto al Santo de los Santos y recibías alimento de manos de un ángel?». 3 Ella lloró amargamente diciendo: «Yo soy pura y no conozco varón». José le preguntó: «¿De dónde viene entonces lo que hay en tu vientre?». Ella respondió: «Vive el Señor, mi Dios, que no tengo idea de dónde me viene».

14 1 Tuvo José gran temor, se apartó de ella y reflexionaba sobre qué haría con ella. Y se dijo José: «Si oculto su falta, parece que voy contra la ley del Señor; y si la denuncio ante los hijos de Israel, temo que lo que hay en ella sea algo angelical, y acabe yo entregando a la muerte sangre inocente. ¿Qué voy a hacer con ella? La despediré secretamente». Y así lo sorprendió la noche. 2 Pero he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «No tengas miedo por esta doncella, pues lo que hay en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús, pues él salvará a su pueblo de los pecados». Se levantó José del sueño y dio gloria al Dios de Israel que le había otorgado esta gracia. Y fue el custodio de María.

José, objeto de sospecha

15 1 Vino Anás el escriba a casa de José y le dijo: «¿Por qué no apareciste en nuestra reunión?». José le respondió: «Porque vine cansado del camino y pasé el primer día descansando». Al volverse, observó que María estaba encinta. 2 Fue corriendo al sacerdote y le dijo: «José, por quien tú respondes, ha faltado gravemente contra la Ley». Le dijo el sacerdote: «¿Pues qué ha pasado?». Respondió Anás: «Que ha violado a la virgen que recibió del templo del Señor; ha ocultado su matrimonio sin manifestárselo a

los hijos de Israel». Respondió el sacerdote diciendo: «¿Ha hecho esto José?». Respondió
Anás, el escriba: «Envía a unos criados y encontrarás a la virgen encinta». Marcharon los
criados y la encontraron como Anás había dicho. La trajeron, pues, al tribunal junto con
José. [3] Dijo el sacerdote: «María, ¿por qué has hecho esto? ¿Por qué has humillado tu
alma y te has olvidado del Señor, tu Dios? ¿Tú, que te has criado en el Santo de los
Santos, que tomaste el alimento de manos de un ángel, que oíste los himnos y danzaste en
presencia del Señor?». Ella lloró amargamente diciendo: «Vive el Señor, mi Dios, que soy
pura en su presencia y que no conozco varón». [4] El sacerdote dijo a José: «¿Por qué has
hecho esto?». Respondió José: «Vive el Señor, mi Dios, que soy puro con respecto a ella».
Insistió el sacerdote: «No des falso testimonio, sino di la verdad. Ocultaste el matrimonio
con ella y no lo manifestaste a los hijos de Israel; no inclinaste tu cabeza bajo la poderosa
mano de Dios para que tu descendencia fuera bendita». Y José guardó silencio.

16 [1] Dijo el sacerdote: «Devuelve la virgen que recibiste del templo del Señor».
Y José rompió en lágrimas. Añadió el sacerdote: «Os daré a beber el agua de la
prueba del Señor, ella pondrá de manifiesto vuestros pecados delante de vuestros ojos». [2]
Tomándola el sacerdote, se la dio a beber a José, y lo envió a la montaña. Pero regresó
sano. Se la dio también a beber a María, y la envió a la montaña. Pero regresó sana. Todo
el pueblo quedó admirado porque no apareció pecado en ellos. [3] Dijo el sacerdote: «Si el
Señor no ha manifestado vuestro pecado, tampoco yo os condeno». Y los dejó marchar
libres. Tomó José a María y marchó a su casa lleno de alegría y dando gloria al Dios de
Israel.

El nacimiento de Jesús

17 [1] Salió una orden del emperador Augusto para que se empadronaran todos los
habitantes de Belén de Judea. Y José pensó: «Yo empadronaré a mis hijos, pero ¿qué
haré con esta doncella? ¿Cómo la voy a empadronar? ¿Cómo mi mujer? Me da
vergüenza. ¿Cómo mi hija? Pero todos los hijos de Israel saben que no es hija mía. Este es
el día del Señor, él hará lo que quiera». [2] Aparejó la burra, acomodó en ella a María, y un
hijo de José llevaba el cabestro, mientras él seguía detrás. Cuando estuvieron a tres millas
de distancia, se volvió José y vio que ella estaba triste. Y se dijo en su interior:
«Posiblemente lo que lleva dentro le causa molestias». Pero se volvió otra vez José y la
vio sonriente. Entones le dijo: «¿Qué te ocurre, que unas veces veo tu rostro sonriente y
otras veces triste?». María respondió a José: «Porque veo con mis ojos dos pueblos, uno
que llora y se lamenta, y otro que se alegra y se regocija». [3] Cuando llegaron a la mitad del
camino, María dijo a José: «Bájame de la burra, porque lo que hay dentro de mí se da
prisa por salir». La bajó de la burra y le dijo: «¿Adónde te llevaré para proteger tu pudor?,
porque este lugar es desierto».

18 [1] Encontró allí una cueva y la introdujo en ella. Dejó junto a María a sus hijos, y él
salió a buscar una comadrona hebrea por la región de Belén. [2] «Yo, José, me puse a
caminar, pero no podía. Levanté mis ojos al cielo y noté que el aire estaba
paralizado. Levanté la mirada hacia la bóveda del cielo y vi que estaba detenida y que los

pájaros del cielo estaban quietos. Cuando volví la vista a la tierra, descubrí una artesa
preparada y unos trabajadores recostados que metían sus manos en la artesa. Los que
mascaban, en realidad no mascaban; los que cogían, no sacaban nada; los que se llevaban
la comida a la boca, no se la llevaban, sino que los rostros de todos estaban mirando a lo
alto. Había también unas ovejas que eran arreadas, pero [no avanzaban nada], sino que
estaban paradas. El pastor levantó su mano para golpearlas [con el cayado], pero su mano
se quedó en el aire. Volví la vista hacia la corriente del río y vi que los cabritos arrimaban
sus bocas, pero no podían beber. En suma, todas las cosas momentáneamente cesaban de
moverse».

19 1 Mas he aquí que una mujer que bajó de la montaña, me dijo: «Hombre, ¿adónde
vas?». Le contesté: «Busco una comadrona hebrea». Ella me preguntó diciendo:
«¿Eres de Israel?». Le respondí: «Sí». Ella replicó: «¿Y quién es la que está dando a
luz en la cueva?». Yo le dije: «Es mi prometida». «Entonces —dijo—, ¿no es tu mujer?».
Le respondí: «Es María, la que se crio en el templo del Señor, que yo recibí como mujer,
pero que no es mi mujer, sino que ha concebido por obra del Espíritu Santo». La
comadrona le preguntó: «¿Es eso verdad?». José le respondió: «Ven y lo verás». Y la
comadrona se fue con él. 2 Cuando llegaron al lugar de la cueva, se detuvieron. Y he aquí
que una nube luminosa cubría la cueva. Dijo la comadrona: «Hoy ha sido engrandecida mi
alma, porque mis ojos han visto cosas increíbles: que ha nacido la salvación de Israel». De
repente la nube comenzó a retirarse de la cueva, pero apareció en la cueva una gran luz
que nuestros ojos no podían soportar. Al poco rato aquella luz se desvanecía, hasta que
apareció el niño y se puso a tomar el pecho de su madre, María. Levantó la voz la
comadrona y dijo: «Hoy es un día grande para mí, porque he visto este nuevo
espectáculo». 3 Cuando la comadrona salió de la cueva, vino a su encuentro Salomé, a la
que dijo: «Salomé, Salomé, tengo una maravilla nueva que contarte: una virgen ha dado a
luz, cosa incomprensible para su naturaleza». Replicó Salomé: «Vive el Señor, mi Dios,
que si no meto mi dedo y examino su naturaleza, no creeré que una virgen haya dado a
luz».

Castigo de la comadrona

20 1 Entró la comadrona y dijo a María: «Arréglate, porque ha surgido un altercado
nada pequeño sobre ti». Y Salomé metió su dedo en la naturaleza de María y lanzó
un grito diciendo: «¡Ay de mí por mi maldad y mi incredulidad! Porque he tentado al
Dios vivo, y he aquí que mi mano se me cae quemada». 2 Y se arrodilló ante el Señor,
diciendo: «Oh Dios de mis padres, recuerda que soy descendiente de Abrahán, Isaac y
Jacob. No me pongas como escarmiento para los hijos de Israel, sino devuélveme a los
pobres, pues tú sabes, Señor, que en tu nombre realizaba mis curaciones y recibía de ti mi
salario». 3 Mas he aquí que se apareció un ángel del Señor, que le dijo: «Salomé, Salomé,
el Señor te ha escuchado. Presenta tu mano al niño, tómalo en brazos y tendrás salud y
alegría». 4 Se acercó Salomé y tomó al niño en brazos diciendo: «Me postraré en
adoración ante él, porque ha nacido un gran rey para Israel». Enseguida quedó curada
Salomé, que salió de la cueva justificada. Y se oyó una voz que decía: «Salomé, Salomé,

no publiques las cosas increíbles que has visto hasta que el niño entre en Jerusalén».

Los magos y muerte de los inocentes

21 1 José se preparó para marchar a Judea. Pero sobrevino en Belén de Judea un gran
tumulto. Pues llegaron unos magos diciendo: «¿Dónde está el rey de los judíos que
ha nacido? Pues hemos visto su estrella en el Oriente y hemos venido para adorarlo».
2 Al oírlo Herodes, se inquietó, envió unos servidores a los magos y mandó llamar a los
príncipes de los sacerdotes para preguntarles: «¿Qué hay escrito sobre el mesías? ¿Dónde
ha de nacer?». Respondieron ellos: «En Belén de Judea, pues así está escrito». Y los
despidió. Entonces preguntó a los magos, diciendo: «¿Qué señal habéis visto sobre el rey
que ha nacido?». Contestaron los magos: «Vimos una estrella muy grande que brillaba
entre los otros astros y los eclipsaba, de modo que no se veían. Así conocimos nosotros
que había nacido un rey para Israel, y hemos venido a adorarlo». Dijo entonces Herodes:
«Id a buscarlo y, si lo encontráis, comunicádmelo para que yo también vaya y lo adore». 3
Cuando salieron los magos, he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente se puso
delante de ellos y los guió hasta que entraron en la cueva, y se detuvo en la entrada. Los
magos vieron al niño con su madre, María, y sacaron regalos de sus alforjas: oro, incienso
y mirra. 4 Avisados por un ángel para que no entraran en Judea, se volvieron a su tierra por
otro camino.

22 1 Cuando Herodes supo que había sido burlado por los magos, montó en cólera y
envió esbirros, diciéndoles: «Matad a los niños de dos años para abajo». 2 Cuando
María oyó que habían sido matados los niños, llena de temor, tomó al niño, lo
envolvió en pañales y lo colocó en un pesebre de bueyes. 3 Isabel se enteró de que
buscaban a Juan, lo tomó y subió con él a la montaña y andaba mirando dónde lo
escondería. Pero no había un lugar que sirviera de escondite. Y, gimiendo, Isabel dijo a
grandes voces: «Monte de Dios, recibe a una madre con su hijo». Y es que Isabel ya no
podía subir más. 4 Al instante se rasgó el monte y la recibió. Y contemplaron una luz
resplandeciente. Pues con ellos estaba un ángel del Señor que los custodiaba.

Muerte del sacerdote Zacarías

23 1 Pero Herodes andaba buscando a Juan, y envió unos criados a Zacarías, que le
dijeron: «¿Dónde tienes escondido a tu hijo?». Él les contestó: «Yo trabajo en el
servicio de Dios y resido habitualmente en el templo del Señor. No sé dónde está mi
hijo». 2 Se marcharon los enviados y anunciaron a Herodes todas estas cosas. Herodes
montó en cólera y dijo: «Su hijo es el que reinará en Israel». Y le envió un nuevo mensaje,
diciendo: «Di la verdad. ¿Dónde está tu hijo? Pues sabes que tu sangre está bajo mi
mano». Marcharon los enviados y anunciaron todo esto a Herodes. 3 Zacarías dijo: «Soy
mártir de Dios si derramas mi sangre, pues el Señor acogerá mi espíritu, porque derramas
sangre inocente a las puertas del templo del Señor». Y a las primeras luces del alba fue
asesinado Zacarías. Los hijos de Israel no se enteraron de que había sido asesinado.

24 1 Los sacerdotes se reunieron hacia la hora del saludo, pero no les salió al encuentro
la bendición de Zacarías según lo acostumbrado. Y estuvieron esperando a Zacarías
para saludarlo en la oración y glorificar al Altísimo. 2 Al ver que tardaba, se llenaron
todos de temor. Pero uno de ellos se atrevió a entrar y vio junto al altar de los sacrificios
sangre coagulada, y oyó una voz que decía: «Zacarías ha sido asesinado, y no se borrará
su sangre hasta que venga su vengador». Al escuchar aquellas palabras, se llenó de temor
y salió a comunicárselo a los sacerdotes. 3 Cobrando valor, entraron y vieron lo sucedido.
El artesonado del Templo crujió, y ellos se rasgaron las vestiduras de arriba abajo. Pero su
cuerpo no lo encontraron, sino que solamente encontraron su sangre coagulada. Llenos de
temor, salieron y anunciaron a todo el pueblo que Zacarías había sido asesinado. Todas las
tribus del pueblo se enteraron, guardaron luto y se lamentaron durante tres días y tres
noches. 4 Después de los tres días, se reunieron los sacerdotes para deliberar a quién
pondrían en su lugar. Y cayó la suerte sobre Simeón, pues era aquel de quien había
profetizado el Espíritu Santo que no vería la muerte hasta que contemplara al Mesías
hecho carne.

Conclusión

25 1 Yo, Santiago, el que ha escrito esta historia, cuando se levantó un tumulto en
Jerusalén porque había muerto Herodes, me dirigí al desierto hasta que se calmó el
tumulto en Jerusalén. Allí glorificaba al Señor, mi Dios, que me otorgó gracia y
sabiduría para escribir esta historia. 2 Que la gracia esté con los que temen a nuestro Señor
Jesucristo, a quien será la gloria por los siglos de los siglos, amén.